

REPRESENTACIONES SOCIALES Y EPISTEMOLOGÍA. EL PUENTE JACQUES-CARTIER*

Michel-Louis Rouquette
Université Paul Valéry

RESUMEN

Conocimiento científico y conocimiento ingenuo tienen las mismas raíces. Cuando construimos un nuevo objeto de la experiencia y del saber, utilizamos un cierto número de recursos cognitivos que hacen que el objeto sea pensable y al mismo tiempo nos encontramos sometidos a ciertas restricciones y limitaciones (no es que pueda pensarse cualquier cosa, ni tampoco puede hacerse de cualquier manera). Dentro de esta perspectiva, el presente artículo intenta caracterizar las condiciones genéticas del pensamiento de todos los días.

Palabras clave: conocimiento científico, conocimiento ingenuo, condiciones genéticas.

ABSTRACT

SOCIAL REPRESENTATIONS AND EPISTEMOLOGY. THE BRIDGE JACQUES-CARTIER

Scientific knowledge and ingenuous knowledge have the same roots. When we build a new object of experience and of knowing, we use a certain number of cognitive resources which make the object thinkable and, at the same time, find ourselves subjected to a number of restrictions and constraints (not anything can be thought, neither can it be done in any way). Within this perspective, this article attempts to characterize the genetic conditions of everyday thought.

Keywords: scientific knowledge, ingenuous knowledge, genetic conditions.

* La Dra. Sary Calonge Cole, profesora de la Universidad Central de Venezuela, debido a la importancia del artículo para los estudiantes y profesores de postgrado que trabajan en líneas de investigación vinculadas a las Representaciones Sociales, se hizo cargo de la traducción del presente artículo, publicado en Rouquette y Garnier (1999), y difundido en el marco de la Conferencia Internacional sobre Representaciones Sociales, que tuvo lugar en Montréal en el año 2000. La profesora Calonge desea manifestar su más profundo agradecimiento al profesor Oswaldo Barreto por las correcciones, observaciones y sugerencias hechas a la traducción del texto.

RÉSUMÉ

REPRÉSENTATIONS SOCIALES ET ÉPISTÉMOLOGIE. LE PONT JACQUES-CARTIER

Connaissance scientifique et connaissance naïve ont les mêmes racines. Lorsque nous construisons un nouvel objet d'expérience et de savoir, nous utilisons un certain nombre de ressources cognitives (qui rendent cet objet pensable) et nous nous trouvons soumis en même temps à un certain nombre de restrictions et de contraintes (ce n'est pas n'importe quoi qui peut être pensé, et ce n'est pas n'importe comment). Dans cette perspective, cet article s'efforce de caractériser les conditions génétiques de la pensée de tous les jours.

Mots-clé: connaissance scientifique, connaissance naïve, conditions génétiques.

RESUMO

REPRESENTAÇÕES SOCIAIS E EPISTEMOLOGIA. A PONTE JACQUES-CARTIER

Conhecimento científico e conhecimento ingênuo têm as mesmas raízes. Quando construímos um novo objeto da experiência e do saber, utilizamos um certo número de recursos cognitivos que fazem que o objeto seja pensável e ao mesmo tempo nos encontramos submetidos a certas restrições e limitações (não é que se possa pensar qualquer coisa, nem sequer se pode fazer de qualquer maneira). Dentro desta perspectiva, o presente artículo busca caracterizar as condições genéticas do pensamento diários.

Palavras chave: conhecimento científico, conhecimento ingênuo, condições genéticas.

Hay un Yo, hay un Otro y hay un Objeto. Esta tríada, como lo hizo notar Moscovici para la Psicología social, no es una lista de factores, sino una estructura: la existencia de cada uno de estos términos depende de la existencia de los otros. Es evidente que no cabe entender aquí por “existencia” algo así como la simple subsistencia de la que las variaciones fenomenales serían tan solo aspectos insuficientes o subproductos sin consistencia propia. La existencia en cuestión es relacional, es decir, es a la vez funcional e histórica. Vive de empréstitos, si cabe la expresión, y también de herencias: maneras de hablar, maneras de pensar, maneras de hacer. El Objeto mismo no escapa a esto, puesto que solo hay Objeto para el conocimiento cuando este se nombra, se trabaja o se reflexiona sobre él; si, por el contrario, resiste a las imputaciones que se le aplican, los modos de su aprehensión terminan por cambiar. Todo esto –el discurso; el pensamiento; la práctica; los efectos del discurso, del pensamiento y de la práctica– solamente existe, por supuesto, de manera colectiva. Esa red, en definitiva muy simple, dentro de la cual donaciones y obligaciones se mezclan, define el cuadro obligado de la cognición. ¿Cómo podríamos creer, entonces, que solo existan el Sujeto y el Mundo, el uno para controlar al otro por medio de los mecanismos de la Razón?

Es eso, sin embargo, lo que, la mayoría de las veces, parecen hacer nuestras teorías del conocimiento (yo no me ocupo para nada de la historia de las ciencias). Convencionalista o no, la epistemología clásica –excluyendo en parte la de Bachelard– y la epistemología genética de Piaget se ocupan menos de la construcción y de la elaboración del conocimiento en todos sus aspectos (individuales, materiales, sociales) que del advenimiento laborioso de un Ideal del conocimiento, del que es fácil notar que se confunde, ampliamente, con un conocimiento postulado del Ideal. Esto es abandonar en el camino tres cuartas partes de la humanidad, tanto en el tiempo como en el espacio, así como desechar tres cuartas partes de cada hombre, reservándose generosamente –a fin de circunscribirla mejor, rebasarla, mal interpretarla– la parte de *la fase*, del *error*, de *los balbuceos* y de *las inconsecuencias*. Esa relegación o esa amputación provienen, sin duda, de la idea de tratar de resolver la cuestión de la verdad solo en cuanto al Objeto, como si este suministrara por él mismo la única instancia válida de decisión para un Sujeto que sería cada vez menos cándido: esa epistemología “objetal” se toma por una epistemología “objetiva”.

Ahora bien, el problema más interesante no es tanto el de la naturaleza del Objeto como el de la novedad en los paisajes de nuestro conocimiento: ¿qué

sería de este objeto emergente sin la construcción que de él hacemos colectivamente y a qué se debe que lo reconozcamos, a pesar de esto, por lo que él es? ¿Cómo podemos llegar a comprender lo que nunca antes habíamos comprendido y dejado de admitir aquello que se nos hacía evidente? Parece, a fin de cuentas, que la parte de lo que nos es dado se compensa con la parte que se nos escapa. Cuando lo dado se nos escapa, sabemos de él suficientemente como para hacer proyecciones; cuando la novedad aparece, nos encuentra con suficientes recursos como para encontrarle un lugar.

Estas primeras reflexiones me han entretenido durante una mañana de invierno, en Montréal; un domingo, creo recordar, cuando una tempestad de nieve me mantenía preso en el hotel. Desde la ventana de mi habitación, torciendo un poco el cuello, divisaba el puente Jacques-Cartier, que la borrasca a veces agitaba, de manera que terminaba por tomar el insólito aspecto de una visión desenfocada. Cuando ya no veía nada, sabía lo que hubiera podido ver; y, cuando aparecían repentinamente algunas líneas más oscuras, entre las tonalidades blancas o grises, ahí donde no las hubiera esperado necesariamente, ni siquiera me asombraba de semejante decorado.

LA RAZÓN DE LAS FUENTES

Imagínense ahora ese puente en un bello día con otro color diferente al suyo: negro, rojo u ocre, poco importa. Su función no habría cambiado para nada, a menos que sostengamos que el efecto de decorado es ya una función, pero esto podía imputársele a cualquier cosa diferente a un puente. El color, en tal caso, no compromete más la función que el sentido de una representación, siempre particular, comprometería la estructura. En otras palabras, la función y la estructura no necesitan de lo que las hace, aquí y ahora, observables o accesibles, y eventualmente memorables.

Podría objetarse, sin embargo, que la ausencia de necesidad no significa un rechazo de pertinencia. Cosa cierta, y es precisamente gracias a esta reserva, esta reticencia adherida a nosotros, que saltamos de la lógica impersonal al conocimiento vivenciado de los valores universales a los valores personalizados. Ese verde, de lejos, me hace pensar en el techo de la estación ferroviaria de Limoges, percibido veinte años atrás, y, de cerca, en la armazón blindada de un viejo tanque de guerra, un Renault FT 17, que, en mi juventud, vi abandonado en un polígono de tiro. Hablo de los colores del tiempo. Que la segunda

imagen sea metalúrgicamente más adecuada que la primera no cambia en nada la pertenencia serial de una y otra a los efectos de la evocación que hago de ellas: la edad industrial, la avasallante fe en las viguetas, las placas, los remaches, la duración de las fábricas.

Otros, de ser invitados a este espectáculo, establecerían asociaciones diferentes a estas, quizás hasta más extrañas, pero, en el fondo, igualmente coherentes, dentro de su co-pertenencia a la misma lista. Se trataría aquí también de la movilización “motivada” de elementos de saberes anteriores, sin los cuales el puente no tendría el mismo modo de existencia para quien lo imagine. El aparente desorden de este conocimiento transversal no puede ocultar definitivamente la influencia de las razones que lo inspiran. Se invertirá más o menos tiempo en la búsqueda, antes de que se logre ponerlas de manifiesto, es todo cuanto puede ocurrir. Asunto de dimensiones: el inventario de los objetos de una habitación hecho con el fin de extraer algunas conclusiones es más transparente que el de un granero familiar; la historia acumulada es, por lo general, menos larga y, sobre todo, proviene de fuentes menos diversas. Pero no cabe la menor duda de que se trata siempre de *historia* y de *fuentes*. La primera, así fuera contada por un idiota y sepultada por los ruidos de la vida, tiene cuando menos la virtud del enigma, que representa la promesa por confirmar de un orden oculto (así se tratara solamente del orden narrativo). Las segundas invitan a descifrar el secreto de su confluencia en este lugar: asunto, esta vez, de geografía o, si se prefiere, de topología social. De igual manera, las representaciones que nos hemos formado no se reducen a esa mezcolanza de tópicos que se exhibe en las conversaciones y que no parece otra cosa que un entrecruzamiento de azares y desechos. Ellas tienen también su historia y sus fuentes, a las cuales es posible remontarse, alejándose proporcionalmente del color inmediato de las cosas y de su sentido aparente.

Las pocas consideraciones que siguen son un esfuerzo por aclarar las condiciones genéticas del pensar cotidiano. Resulta contradictorio –podría objetarse– hablar de una epistemología del conocimiento cotidiano, puesto que de entrada este conocimiento nos es dado como de naturaleza diversa, fragmentada y, sobre todo, socialmente diferenciada. Pero, observemos tres cosas:

- Primero, que se debe separar la noción de epistemología de la noción de normatividad uniformizadora: consideremos, por ejemplo, la

evolución de la gramática, que pasó de las “reglas del uso correcto” al análisis de las reglas de producción efectiva;

- Segundo, que el inventario bruto de la diferenciación debe ser superado por una *teoría* de la diferenciación que explore precisamente sus condiciones genéticas y la trate, en el nivel de abstracción que le es propio, como un fenómeno unitario;
- Finalmente, que el objetivo asignado no consiste en dar cuenta de una cierta adecuación cognitiva de la cual conviene justificar las virtudes (exactamente como la epistemología clásica no tiene por objetivo la explicación del descubrimiento), sino en dar cuenta de la coherencia socialmente anclada de una serie de visiones del mundo.

En otros términos, no se trata ni de prescribir, ni simplemente de describir, ni mucho menos de explicar, sino de *caracterizar* los fenómenos del conocimiento que se presentan en lo cotidiano, a la vez como claves de una intelección reflexiva y como fuentes de cuestionamiento. Claves de una intelección reflexiva, no solamente porque se trata, es evidente, de conocer el conocimiento, sino también porque este último reenvía, en espejo, a las condiciones de su producción; fuentes de cuestionamiento por cuanto la problemática del *relativismo* se halla así planteada tanto en el campo epistemológico como en el campo político.

LA FRONTERA

¿A cuál de las riberas pertenece el puente? A cada una de ellas, como condición de posibilidad de pertenencia a la otra. Esta cláusula de solidaridad implica el conocimiento mutuo de los bordes que se encuentran unidos el uno al otro. De igual manera existe la *frontera* entre Estados, sean estos de la naturaleza como de la cultura, por procuración doble. Se la reconoce cuando se la traspasa o cuando se enfrenta la prohibición de hacerlo. Pero, independientemente de que se pueda o no traspasarla, ella existe como el trazo sobre el plano, que ni suprime el plano que le sirve de soporte, ni —es obvio— la experiencia de este plano.

¿Qué ocurre, entonces, con la supuesta frontera entre lo conocido y lo desconocido? ¿En cuál de los dos planos se inscribe? Aquí no es lo conocido lo que presenta problemas para acordarle una de las procuraciones de la que se

hablaba, sino lo desconocido, del cual no podemos dejar de distinguir las excepciones, so pena de no decir nada. La intuición de la distancia lo permite, en relación a este origen donde nos hallamos. Se hace evidente que de lo desconocido proximal brota hasta la misma posibilidad que se tiene de aprehenderlo, y, cuando menos, de designarlo; el reconocimiento de la existencia de lo conocido ya representa un bosquejo que da la posibilidad de atacarlo para alejar la frontera; eventualmente “ataca” incluso lo conocido (como lo puede hacer el ácido), o amenaza con hacerlo, sembrando ahí la duda. Lo desconocido distal, por el contrario, carece de forma y no podría ser objeto de sospecha alguna, como tampoco genera subversión perceptible contra las certezas. La frontera se halla así muy adelantada respecto al punto en donde el horizonte se escapa; no separa lo conocido de lo desconocido, sino lo conocido de lo conocible o, para ser aún más preciso, separa lo conocido y conocible percibido de lo no conocible inapercibido. Más allá, nada puede decirse; lo que significa en este caso que no puede construirse ninguna representación. Más acá, lo desconocido proximal es objeto de sucesivas aproximaciones que se fundan en el reconocimiento (en el sentido militar del término), el azar y el juego.

La frontera se desplaza, evidentemente, pues es solidaria de los pasos del conocimiento. Pero ¿cómo estar seguro, por una parte, de que esta *progres*a, puesto que no hay métrica posible que se aplique a lo desconocido distal? ¿Y cómo garantizar, por otra parte, que el desplazamiento del conocimiento no se torne más bien, gracias a una especie de reflujo o de flexión, en fuente de *desconocimiento*? Ejemplos no faltarían de saberes perdidos –saberes de los cuales sabemos que están perdidos–, expulsados del conocimiento común por la intrusión de conocimientos nuevos, o también, cosa que ocurre más frecuentemente, por modificaciones circunstanciales de prácticas que conducen a una nueva distribución de los objetivos en juego y de la pertinencia de los objetos.

LA PERMANENCIA

La continuidad que permite el puente al hacer posible el traslado de una ribera a la otra es la negación de la discontinuidad impuesta de antemano por el río. El que el piso del puente sea perpendicular al curso del agua y lo “intercepte”, sugiere que la cruz es una buena figuración de la negación. Al igual

que en lógica operatoria, bien podría ser que la negación no significara la desaparición (secar el río, negar su existencia), sino la superación: observaciones sin duda alguna hegelianas, y que, ya pasados dos siglos, rejuvenecen. Conviene tener en cuenta, además, a fin de completar el cuadro, que solo la existencia y la *permanencia* de lo que debe ser superado justifican esta superación como necesidad intencional. No solo esta permanencia no es desmentida por la superación, sino que esta la demuestra en su realización.

Desde esta perspectiva, el conocimiento está siempre unido –“interceptándolo”, podríamos decir– al problema que lo ha hecho surgir y que no ha desaparecido en tanto que exigencia. Se trata de otra manera de decir que las construcciones cognitivas están motivadas a lo largo de su duración por una configuración heurística que las precede y es soporte único de su validez. Al suponer que tanto el uno como el otro fueran posibles, el inventario de los conocimientos y el inventario de los problemas percibidos se corresponderían localmente punto por punto. A partir de esto podemos comprender el interés de una teoría de los problemas para la investigación sobre las representaciones: a una tipología de los problemas podría corresponder una tipología de las representaciones, no ya en simple correlación, sino en una relación de determinación. Desde este punto de vista, las cuestiones de génesis no podrían ser resueltas por el solo examen de los productos (el contenido evolutivo de las representaciones), sino que imponen el análisis de las condiciones y de las “motivaciones” de la producción.

LA REALIDAD DEL VALOR

Se piensa de inmediato en aquellas distinciones consagradas que se vinculan más o menos con lo que, en términos clásicos, se conoce como el juego antagonista de la pasión y de la razón. Oponer, sin embargo, de esta manera el sentimiento a la objetividad presenta dos inconvenientes: el desdeñar, por un lado, la objetividad del sentimiento y, por el otro, el subestimar la importancia del sentimiento de objetividad. La objetividad del sentimiento es un motor –circunstancial al menos– de la historia, como bien lo percibió Le Bon en su análisis de las pasiones colectivas: la emoción y la razón de las masas, aquella que permite decir en la ocasión oportuna “usted tuvo razón en hacerlo”. El sentimiento de objetividad es un resorte tradicional del poder y singularmente (si bien no exclusivamente) del poder de la ciencia: permite afirmar, por

ejemplo, que *no hay otra política posible* y justifica el recurso con expertos de todo género para tomar una decisión, aparentar tomarla o simplemente apoyarla, en nombre del supuesto obligatorio orden de las cosas. Permite igualmente, dentro de las relaciones interpersonales, *tener siempre razón*, refiriéndose a un tercero supuestamente objetivo. Y eso se demuestra, dentro de una u otra escala, o reviste al menos las apariencias (el *sentimiento*) de la demostración.

En realidad, esta oposición entre sentimiento y objetividad, cuando no es manipuladora, remite a un mero debate académico, querrela de palabras, distinciones de clérigos, juegos de lenguajes, sin referente alguno a la epistemología de todos los días, que es una epistemología en acto, tomada en el acto y sostenida por la necesidad del acto. El hecho es que juicios de valor (*ese puente es bello*) y juicios de realidad (*debe haber sido construido a fines del XIX*) no se distinguen por naturaleza en nuestras representaciones cotidianas. No existe relación social sino *valorizada* (por ejemplo, *ese puente es indispensable: tenemos absoluta necesidad de él*) así como no hay valor que no sea socializado (*todo el mundo se lo dirá*). Por esta razón el cuestionamiento de un valor es tomado por quienes lo defienden como el cuestionamiento de la realidad: el llamado a la evidencia testimonia siempre la evidencia. Igualmente, todo valor es *realizado* dentro de una sociedad por las instituciones que lo promueven, lo encarnan, lo fomentan, lo invocan, lo protegen. En el pensamiento cotidiano, valor y realidad se hallan en dependencia funcional, tal como lo sostenía Mach respecto del sujeto y del objeto en física.

LAS DERIVACIONES Y LOS SUPLEMENTOS

El puente se ve de lejos y guía la mirada o la perturba. En un sentido, se impone. Suficientemente original en la distribución de nuestros hábitos perceptivos, austero o barroco, esbelto o pequeño, suele ser, también, emblema del barrio, del puerto o de la ciudad; no obstante, el aspecto monumental del puente no es del mismo estatuto que el aspecto monumental de una catedral, por ejemplo. En este último caso, el aspecto monumental es una derivación de la función; cuando se trata del puente, el aspecto monumental, cualquiera sea el detalle, es un suplemento añadido a la función, una especie de accesorio. Para concretizar: la elevación física como metáfora de la elevación del alma hacia Dios, opuesta a la decoración, como embellecimiento directo del utensilio de

uso diario, o incluso como distracción o camuflaje de su función (tal el caso de un artista que en épocas pasadas *empaquetó* los puentes, sobre todo en París).

La distinción mencionada, por burda que sea, tiene consecuencias interesantes si a uno se le ocurre aplicarla a objetos sociales un poco más consistentes. Entre otros: la actividad educativa del Estado moderno ¿es una derivación de su función o un suplemento de esta, elaborada para distraer la atención de su finalidad verdadera? O aún, en un plano de mayor abstracción, la no-contradicción práctica de una ideología ¿es una derivación de su calidad o un suplemento ostentador que distrae de su ambición secreta y, paradójicamente, la refuerza suministrando “respuesta para todo”? Este cuestionamiento, por cuanto no es objeto de decisión, abre el camino de la interpretación, es decir, del enriquecimiento de lo dado. Se observará tan solo que este enriquecimiento no es una creación de valor, sino una inversión. Consiste en encontrar una nueva aplicación, una nueva localización para un fondo que ya estaba disponible, lo que, finalmente, hace la interpretación aceptable para aquellos a los que afecta en su movimiento de expansión, no se trata de su “valor” de verdad, sino del valor compartido del fondo en el que la interpretación vuelve a invertir.

Las cosas podrían verse también en términos de traslación o de devolución: la interpretación consiste en desplazar lo conocido de una categoría de pertenencia a otra, imputando generalmente a la primera una función de desconocimiento o de suplemento, porque se le concede más *valor* momentáneo y capacidad de derivación a la segunda.

EL PASO

Alea jacta est. El paso del puente –que aquí, instrumentalmente, no se distingue del vado– puede, en apariencia, tornar irreversible una historia, separando el antes del después, como la distribución de las cartas separa la simple esperanza de la ganancia de la gestión obligada de la partida: “Podemos volver atrás, pero una vez pasado el puente, decidirán las armas” (Suetonio, *César*, XXXI). No hacer nada sería, entonces, renunciar a jugar y el tiempo no tendría “sentido”. Sin olvidar que es necesario que la apuesta tenga un valor reconocido –real o simbólico, se dirá, pero siempre real y simbólico a la vez, como el dinero, por ejemplo–: es solo cuando está en juego algo importante que la consecuencia del acto de pasar puede marcar diferencialmente dos momentos

o dos “actos” de un drama. Es necesario, en otros términos, y por anticipado, que el segundo de esos actos sancione al primero: la victoria o la muerte, el amor o la decepción, la fortuna o la ruina, la confirmación o la denegación de la ambición. El no saber de antemano lo que podrá ocurrir es lo que constituye justamente la esencia del drama (podría hablarse también de *rito*), que Politzer, con razón, pretendía colocar en el centro de la psicología.

En el caso citado, el paso no es sino un signo, que en sí mismo no determina nada en tanto que acto físico (al igual que, en el juego de ajedrez, el esfuerzo muscular que permite desplazar una pieza no determina en nada las consecuencias estratégicas de ese desplazamiento). Es más —y quizá sea necesario insistir en esto, al encuentro de cierto realismo semiótico estrechamente emparentado con el behaviorismo—: solo por imputación compartida ese paso adquiere su valor de signo en una historia que el mismo paso revela (deja huellas). Así sucede con la mayoría de las conductas respecto de un objeto. Es el sentido que se les da, un “sentido común” precisamente, lo que convierte las conductas en significativas, y, ante todo, en notables, es decir, dignas de ser consideradas. En sí mismas, las conductas no son portadoras de nada, como lo muestra lo que podríamos llamar *el problema de la repetición*, que es, cognitiva y materialmente, aquella “misma” conducta de un individuo a otro, de una época a la siguiente. Cien veces podemos volver a pasar sobre el puente, para otros tantos signos o ausencias de signos. Para nada entra en juego el Rubicón, como tampoco su travesía, porque solo la mirada común (la cultura, en otros términos) regula la apuesta del momento, siendo esta misma apuesta fruto o flor de cultura.

LA ESCALA DE CONTINGENCIA

Está en la naturaleza de los mamíferos el amamantar a sus criaturas. No está en su naturaleza tener pelos negros o piel lisa, llamarse Tom, Floppy o Medor, rondar los desagüaderos, nadar en el mar o correr por los bosques. De la necesidad a la contingencia no hay sino un paso: justamente el que realiza esta mutación de naturaleza categorial. De la contingencia a la contingencia, por el contrario, el número de pasos posibles es indeterminado. Una vez que se ha pasado de la función definitoria del puente a su arquitectura particular, metálica, por ejemplo, se puede pasar de la arquitectura al color con el que está pintado, de este color a la escarcha más o menos espesa que, a veces, lo recubre,

de la escarcha a los juegos caprichosos de la luz, de los juegos de luz a los humores del día, y así sucesivamente. No se trata de afirmar que la serie de traslaciones contingentes es infinita, sino que no hay ninguna *razón* que la haga finita, pues siempre se puede encontrar un suplemento. Empíricamente, que diez pintores o diez fotógrafos, cineastas o poetas intenten denotar el puente y que reiteren la tentativa cien veces: ninguno agotará sus aspectos, como tampoco lo lograrán todos los diez reunidos con todas sus obras. De esto podría concluirse, de manera muy romántica, que la totalización del conocimiento es imposible. Se podría, sin embargo concluir también –lo que es una manera de aclarar su génesis– que las *aplicaciones* del conocimiento, en efecto inagotables, son contingentes con relación a sus *formas* (las cuales, por supuesto, quedarían por determinar). Un error bastante común que concierne a los estereotipos sociales viene justamente de que estos se toman por formas, mientras que son tan solo aplicaciones.

LA AFIRMACIÓN

El conocimiento cotidiano es esencialmente afirmativo y, ante todo, afirmativo de sí mismo. La naturaleza de las cosas que trata no se distingue a sus ojos de lo que de ellas dice. Pero como no necesita decir *todo*, pues sus usuarios están en connivencia (entre ellos y con el mundo que ellos han reconocido), a veces parece exageradamente seca o bien completamente vana. Nada es más engañoso. La tautología formal, es decir, planteada formalmente como tal por un enunciado autosuficiente, no existe sino en los tratados de lógica, como axioma o como astucia. Pragmáticamente, es bien sabido, su pertinencia es nula. De hecho, las tautologías aparentes de la palabra cotidiana son argumentativas, y solo los sabihondos, o los que creen que pueden identificar la declaración con la intención, asimilar el discurso al pensamiento, la expresión a la cognición, no ven en ellas otra cosa que jactancia. Cuando un campesino cualquiera enuncia “Aquí, cuando llueve, llueve”, quiere decir con toda exactitud que las precipitaciones en esa región son raras, pero abundantes. Y todo el mundo lo comprende, porque no se comete el error de asimilar en este caso una manera de hablar a otra manera de pensar. Así mismo, “Un puente, es un puente” significa que cualesquiera que sean sus propiedades contingentes, un puente particular obedece a las necesidades e ilustra la funcionalidad de un puente genérico. Estar eventualmente en la incapacidad de describir el concepto

—si es que alguien así lo requiere— no prueba nada en contra de la existencia de su poder ni en contra del reconocimiento compartido de esta existencia en una sociedad dada. Así andan las representaciones, siempre devueltas a la opacidad de sus respectivas tautologías fundadoras. Lo que se manifiesta de esta manera es la ruptura entre el saber canónico y el saber práctico, ruptura sobre la cual no se podría tirar ningún “puente”, pues esas dos riberas de la cognición no pertenecen al mismo espacio. Cada uno de nosotros se coloca alternativamente en la una y en la otra, sin que en ninguna ocasión haya efectiva “travesía”, esto es, reglas de transformación, en nuestro contexto. Muy simplemente, lo canónico y lo práctico (o, para radicalizar las cosas, lo racional instituido y lo racional de uso) no obedecen a idénticas normas de sociabilidad, en particular aquellas que rigen el diálogo y, en consecuencia, la aceptabilidad de las formas retóricas. La importancia de la *justificación* demostrativa, especialmente, no es la misma según los medios, los momentos y los objetivos en juego: indispensable para unos, es superflua para otros o bien se confunde con la simple eficacia local (cuando basta que *funcione* para que sea *verdad*). Es este uno de los puntos sobre los cuales la sociología, a condición de ir más allá de la sociografía registradora, puede coincidir con el proyecto de una lógica social. La génesis, entonces, no es independiente de los modos reconocidos de validación, que son también modos reconocidos de designación.

LOS PRÓXIMOS Y LOS LEJANOS

Lo que distingue el puente urbano del puente levantado en campo raso, es la permanencia o la intermitencia del vecindario humano. En la ciudad, al juntar dos calles o dos barrios, el puente es un artefacto, entre otros, para el ordenamiento integral del espacio, una prolongación o un preludio cuya continuación es conocida; a ese respecto no se *distingue* de lo que lo rodea, como, por el contrario, puede distinguirse una flor silvestre brotada no se sabe cómo de una pequeña falla del asfalto en un paso de peatones: cesura natural. En el campo, al juntar un trozo de naturaleza con otro trozo de naturaleza, si ambos fueran cultivados, el puente es un artefacto sobresaliente, del cual uno no puede apropiarse o “borrar” en el mismo grado, por falta de experiencia y, si se puede decir, por falta de banalidad: cesura doméstica. De un escenario a otro, no es el concepto de puente lo que cambia ni el “contexto” de este concepto (¿cuál, por otra parte, sería el *texto*?), sino el valor humano que se le adjudica, o,

más bien, la oportunidad más o menos grande que ofrece para una atribución puramente práctica, no reflexionada, de valor. Resulta tan “normal” aquí que no se nota casi, y tan notable en otra parte que se lo convierte, de un modo u otro, en espectáculo, como esos utensilios apenas viejos que se encuentran extravagantemente exaltados en una vitrina de museo y a los cuales no se les prestaría atención si se los viera colgados en la pared de un taller. De igual manera, una institución, cualquiera que sea, se distingue claramente dentro del “salvajismo”, que tiene fama de inculco, de las tierras nuevas, y, por el contrario, no se distingue, o se distingue con mucha dificultad, dentro de las numerosas disposiciones heredadas de la tradición: tanto menos natural cuanto más se manifiesta la naturaleza, tanto más “natural” cuanto menos sensible se ha vuelto la naturaleza. El gusto del exotismo que por largo tiempo ha marcado la etnología en busca de formas supuestamente primitivas, la obsesión de la patología que tan fuertemente ha impregnado la psicología en búsqueda de “lecciones por defecto”, no tienen quizás otro origen. Lo que se acaba de decir sobre los puentes se aplica exactamente a las representaciones.

LAS FUNCIONES Y LA MARCA

El puente no figura entre los objetos intelectuales que ha censado Janet en su penetrante análisis sobre los comienzos de la inteligencia. Ahí están la carretera, el cesto de manzanas y la porción de pastel, pero no el puente, demasiado elaborado, sin duda, a pesar de que un simple tronco de árbol pueda serlo. Se trata, en todo caso, de un objeto tan matricial cognitivamente como lo son los precedentes, que han podido anticipar el lanzamiento, el salto, hasta la simple extensión del brazo por encima de un obstáculo. Los primeros que fabricaron un puente lo conocían antes de construirlo. En sí, era ya una metáfora. Solamente después, esta metáfora ha podido generalizarse en una multitud de aplicaciones, concretas o abstractas, especie de metáforas de segundo grado, como la del “puente” entre dos teorías o la famosa “cabeza de puente” de los militares. Se trata de *invenciones* no en el sentido, siempre sospechoso, de una creación emergente, sino en el sentido del descubrimiento de lo que ya estaba simplemente cubierto.

El saber concreto, admitámoslo sin mayores exámenes –tantas son las referencias que se le pueden encontrar y tanto lo confirma la experiencia cotidiana–, es ante todo un saber-hacer. La acción lo inspira, lo corrige, lo

requiere, lo delinea; constituye, en primer lugar, un modo de empleo. Pero no bastan la función, el utensilio y la repetición del gesto para dar cuenta del valor y de los efectos de un objeto. El conocimiento no se reduce, por una especie de sublimación tecnicista, a tan solo aquello que se percibe desde el punto de vista del artesano o del ingeniero. Ocurre también que la existencia perceptiva del puente se halle enteramente absorbida en la anécdota personal: lugar de un encuentro, de un incidente, de una emoción, de una reflexión o de una ensoñación, cosas todas *que el puente no contiene*, las cuales, sin embargo, lo contienen para un individuo. Esta forma de saber hace tendencialmente de cada objeto del mundo una señal (una marca) de memoria, a la manera de esas “inscripciones” grabadas por Retif sobre los monumentos de París para conmemorar las escenas de su vida privada. De persona a persona dentro de una comunidad, esas señales pueden ser las mismas (los monumentos públicos que todo el mundo conoce y que cada quien utiliza como puntos de referencia) sin que el contenido de la memoria que está depositada en ellos sea idéntica para unos y otros. Lo inverso es igualmente verdadero: existen señales diferentes, indefinidamente diferentes e indefinidamente renovadas, para una memoria común (la de los mitos, por ejemplo) relativamente estable y, en todo caso, reconocible, de ahí que sea posible la comprensión de la literatura, de la pintura, de la creación artística en general. No se inventan sin cese temas nuevos, se reinterpretan más bien sin tregua algunos viejos temas, lo que no significa que todo haya sido ya inventado, sino que la permanente invención encuentre su lugar dentro de la forma dada. El conocimiento se halla así abierto de los dos lados: en las variaciones sobre el sentido de la señal y en la variación de las señales para un mismo sentido. Esta doble apertura no puede ser explicada por una misteriosa, universal y trascendente “creatividad” (tan poco convincente como la famosa *virtud adormecedora del opio*), pero aparece incluso como la doble apertura de la historicidad objetiva: una pluralidad de acontecimientos para una pluralidad de actores en el seno de una herencia común.

EL PRINCIPIO DE LATITUD

La destrucción del puente coincide con la puesta en evidencia empírica de su concepto, o sea, una función del paso asegurada por ciertos medios. Suprimidos los medios, la función desaparece. Así, en fisiología existen técnicas

destructivas que muestran la necesidad de un órgano, de una estructura, de un circuito para la realización de una función determinada.

El concepto se encuentra, entonces, disociado entre su valor instrumental intrínseco y la generalidad funcional de la que este valor procede. Al suprimir el concepto, se muestra que la función ya no puede ser cumplida por ese medio; eventualmente, sin embargo, esta puede ser cumplida, en el instante que sigue o más tarde, por otros medios. Por ejemplo, si el puente ha sido destruido, yo puedo tomar un barco y atravesar el río. La función de paso, entonces, ya no basta para caracterizar específicamente al puente, y el concepto mismo de este deviene el espécimen de un concepto más abstracto, esto es, el de superación física de un obstáculo. En todos esos casos de sustitución (o de equivalencia funcional), la relación de equivalencia designa lo que es contingente con relación a un punto de vista más abstracto. Esto crea una línea de fuerza orientada: si se “desciende” hacia la contingencia, se “sube”, por el contrario, hacia su superación. Es así como se construyen las clasificaciones jerárquicas y como aparece, en cada nivel, la serialidad.

Esta línea de fuerza es en cierto modo asimétrica: si siempre se está en derecho de descender y maximizar así la contingencia, no se podría remontarla indefinidamente. ¿Qué se puede decir, por ejemplo, más allá de la simple afirmación del *ser*? Se trata de un problema análogo al que ha resuelto la teoría lógica de los tipos, cuando esta define los objetos de orden θ . No obstante, este origen tópico del pensamiento posible, este “límite” en el sentido de que la fundación es uno de ellos, no se verifica nunca en el uso: este se da de tal manera que *siempre se pueda remontar al menos una etapa*. Este principio de latitud aguas arriba acarrea como corolario que la definición del concepto representado siempre deja de tomar en cuenta una contingencia.

Igualmente, ese principio acarrea una consecuencia importante, que atañe al tratamiento de la excepción. El lugar de esta, en efecto, no es diferente en las cuestiones que conciernen a la génesis. Así como el puente fue construido para atravesar el río, y no fue desviado el río para que este pasara por debajo del puente, la negación viene siempre después de la proposición. O, si se prefiere, la excepción, después de la regla. El contradecir después del decir. Pero hay que ver jugar la partida en varios episodios y no solamente en dos: cuando la regla $R2$ integra la excepción $e1$ a la regla $R1$, de la cual ella es la transformación, es verdad que $e1$ precede y, en cierto sentido, prepara $R2$ (al igual que $R2$ precede y, en un cierto sentido, prepara la eventualidad de $e2$). Se podría así construir,

teóricamente, una serie sin fin. Este encadenamiento, no obstante, no define una cronología, pues termina por caer en una u otra de dos conmutaciones eRe^1 o ReR^1 . Solo el hecho de tomar en cuenta el comienzo de la cadena permite preferir, como se acaba de decir, ReR^1 a eRe^1 . Pero, puede objetarse ¿no es preciso disponer de una cronología para poder reconocer el comienzo? No necesariamente en términos de relación de orden, pues basta con afirmar: no existe ninguna e que no esté precedida de una R . Me parece que este género de axiomas es lo que permite distinguir la historicidad de la simple contabilidad del tiempo, tal como la enumeración de las deducciones es redundante, no constitutiva, puesto que el valor de la deducción no depende de la enumeración de las etapas, la cual es, en el mejor de los casos, “pedagógica”.

Este axioma no contradice, además, la caracterización más extrema, que ya se mencionó, de la historicidad: una pluralidad de eventos para una pluralidad de actores en el seno de una herencia común. El evento es alguna vez la excepción, otra vez, la regla; la herencia está por lo esencial hecha por reglas, inclusive aquellas que permiten acoger la excepción.

LA DESIGNACIÓN

Todo lo que es representado se encuentra primero designado. Sin embargo, la idea de que el nombre esté ligado a la cosa por convención es una ficción de tan poca credibilidad como la del contrato social de Rousseau. Se trata evidentemente de ficciones *a posteriori*, luego de la instalación del nombre, luego de la experiencia de la sociabilidad. Este finalismo invertido no deja de recordar el de Bernardin de Saint Pierre, cuando este sostenía que el melón está dividido en tajadas para ser consumido en familia. Nada impide reconocer el uso consensual de la denominación. Pero el origen de las estrías del melón no tiene nada que ver con la institución de la familia ni lo arbitrario del nombre, con una convención.

Aquí se confunden varias cosas. El nivel más originario, por supuesto, no es el de la forma sonora de la denominación, ni siquiera el de su forma conceptual, ni tampoco el de la permanencia relativa de su referente: su razón de ser está en la necesidad epistémica de la denominación hasta el punto de que esta recubre la existencia percibida, en completa reciprocidad. (No se trata evidentemente aquí de la existencia como una aceptación metafísica cualquiera, sino de *puntos de apoyo de una práctica*). No tiene ningún sentido decir que tal

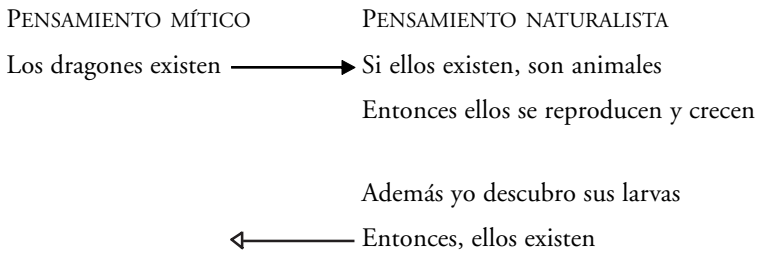
cosa existente no está nombrada; simplemente que *aún* no lo ha sido en el área dentro de la cual se habla, pero que lo será, puesto que ya se la presiente o se postula su existencia. Tampoco tiene sentido decir que una cosa existente no tiene nombre; simplemente que no existe aún dentro del área de la que se habla, pero que lo será, porque se presiente o se postula ya su existencia. No tiene mucho sentido decir que una cosa nombrada no existe; simplemente, que ya no existe y que su nombre es solo un vestigio. O bien, que existe para otros, los que la nombran, y entonces la existencia se reduce, pero sin desvanecerse, a la denominación efectiva, en la medida en que la existencia inefectiva de lo que es designado no implica nada respecto a la existencia efectiva de la denominación.

EL MESTIZAJE

Cuando la novedad aparece, es imprescindible tratarla con el viejo equipamiento. Pero cuando la novedad se resiste a un tratamiento anterior, es preciso entonces modificar este último hasta la adecuación. Este arreglo no tiene nada de fácil e inmediato. Puede tomar, sin duda, diversas formas y, ante todo, aquella bastante inestable del mestizaje. Dos ejemplos emblemáticos lo muestran bastante bien.

A finales del siglo XVII, un barón austriaco llamado *von Valvasor* explora como pionero las grutas de Carniole, en la actual Eslovenia. Allí descubre algunos especímenes de un pequeño anfibio cavernícola que posteriormente se bautizó como *proteo* (*Proteus anguinus*, Laurenti, 1768). Inspirado, sin duda, por su forma, que evoca la de los tritones, von Valvasor identificó de inmediato estos desconocidos animales como “larvas de Dragón”.

Lo que nos llama la atención es que esa historia ilustra perceptivamente el mestizaje entre el pensamiento mítico tradicional y el pensamiento científico en sus albores, bajo lo que era la forma naturalista de este. El pensamiento mítico da por sentado la existencia de dragones, fuera del tiempo del reloj y fuera también del tiempo que marca las estaciones, y no se plantea el problema de su origen material o de su reproducción. El pensamiento naturalista, sí lo hace. El barón, con toda racionalidad, pone los dos en concordancia:



Se podrían encontrar en la historia intelectual muchos otros ejemplos de este mestizaje. Uno de los más instructivos para las ciencias sociales y humanas ha sido suministrado, a mi parecer, por dos disertaciones de Ranft sobre los vampiros (*De masticatione mortuorum in tumulis*, 1728).¹ Una gaceta de la época reportó el caso, acaecido en Hungría, de un difunto identificado con su nombre, que habría ido por la noche a asfixiar a seres vivos, causando así numerosas víctimas. A causa de la presión de la población, el vampiro fue exhumado por las autoridades locales y se encontró su cuerpo perfectamente conservado. Se le clavó, entonces, un pico en el corazón y sangre fresca brotó de su boca y de sus orejas. Descartando de antemano las explicaciones que recurren a los “milagros divinos” y a los “prodigios del Diablo”, Ranft se propone demostrar que todos los fenómenos provienen de *operaciones de la Naturaleza*. Luego de una minuciosa revisión de la literatura y de las creencias populares en esta materia, concluyó que todo se explica por la acción de la imaginación. Y aquí conviene detenerse, pues Ranft no invoca solamente la acción perniciosa de la imaginación de los seres vivos acerca de ellos mismos, sino que retiene también la posibilidad de la *operación mágica de los muertos sobre los vivos*, basada en la hipótesis de que la naturaleza se halla totalmente entretejida de influencias mutuas. Así, el giro emprendido hacia lo que más tarde se revelará como el desencantamiento del mundo no se ha cumplido totalmente. Las antiguas evidencias participativas subsisten, siendo lo espiritual simplemente “naturalizado”, sin que la *posibilidad* analítica de los procesos sea cuestionada. A este respecto, las dos historias se contraponen: von Valvasor ancla el mito en la materialidad, Ranft devuelve a la materia las propiedades del mito. Pero su labor (en el doble sentido de apremiante y de productivo de la *labor* de parto y la *labor de duelo*), a final de cuentas, es la misma: dismantelar o rechazar por el razonamiento ciertas creencias demasiado sumarias en beneficio de versiones

¹ Existe una traducción al francés, publicada en 1995 por Jérôme Millon, Grenoble.

más elaboradas, pero finalmente *no subversivas* respecto a las precedentes, que permitan integrar la novedad.

Vampiros y dragones, no creemos más en su realidad. Libres como somos de creer que por fin hemos llegado todos a la última fase de la Razón, existen hoy día “realidades” de las que no dudamos, pero que el tiempo (y esto no es, por supuesto, sino una manera de hablar) hará desvanecer. El reverso de la génesis, es decir, si se prefiere, la descomposición, es probablemente tan instructivo como su anverso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- BACHELARD, G. (1934). *Le nouvel esprit scientifique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- LE BON, G. (1895). *La psychologie des foules*. Paris: Félix Alcan.
- JANET, P. (1932). *Les débuts de l'intelligence*. Paris: Ernest Flammarion.
- MACH, E. (1900). *Die Analyse der Empfindungen und das Verhältnis des Physischen zum Psychischen*. Jena: G. Fischer.
- MOSCOVICI, S. (1976). *La psychanalyse, son image et son publique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- POLITZER, G. (1928). *Critique des fondements de la psychologie*. Paris: Presses Universitaires de France.
- ROUQUETTE, M. L. (1999). Représentations sociales et épistémologie. En M. L. Rouquette y C. Garnier (eds.), *La genèse des représentations sociales*, (224-239). Montréal: Éditions Nouvelles.

** En vista de que en el capítulo traducido por la profesora Calonge no aparecen referencias bibliográficas específicas –hay, desde luego, una bibliografía general al final de la obra colectiva (Rouquette y Garnier, 1999)–, el Comité Editorial ha considerado conveniente ofrecer las referencias de algunas obras importantes de los autores citados en el artículo.